

EL MARQUÉS DE CUSTINE EN ANDALUCÍA

José Luís Cano

Hijo de Philippe de Custine y de Delphine de Sabran, que fue un tiempo la amante de Chateaubriand, Astolphe de Custine nació en Francia, en el castillo de Nidervillers, el 18 de marzo de 1790. Su niñez fue nerviosa y sensible, a lo que contribuyó sin duda el que no tardó en descubrir los frecuentes amores de su madre, antes y después de que el padre de Astolphe, el general Philippe de Custine, cayera bajo la guillotina revolucionaria. El gran amor de la bella y sensual Delphine de Custine fue, sin duda, Chateaubriand, pero no era éste el único que gozó de sus encantos. Entre sus amantes se cita también a Fouché, al general Beauharnais y al general Miranda, quien mientras trabajaba en París por la libertad de Venezuela, aún le quedaba tiempo para conquistar a las más bellas damas de París.

El joven Custine tenía sólo veinte años cuando, acompañado de su madre, comenzó a viajar. En 1811 visitó Suiza, y al año siguiente Italia, que fue, para su imaginación sensible, un deslumbramiento. Dos años después se hallaba en Viena, formando parte de la delegación francesa que presidía Talleyrand en el famoso Congreso. Allí conoció a un joven alemán -del que sólo sabemos su nombre: Wilhelm- por el que sintió una intensa amistad, que pronto se convirtió en pasión. Desde entonces fueron inútiles los intentos de Delphine para que su hijo encontrara esposa. Astolphe rechazaba, una tras otra, a las candidatas que le proponía su madre, entre ellas Albertine de Staël, hija de Madame de Staël. Un compromiso con Claire de Duras se rompió a los pocos días de la petición de mano. Una nueva amistad-pasión del joven Custine, esta vez con el conde de La Grange, obligó a Delphine a intervenir enérgicamente y a decidir el matrimonio de

su hijo. El 15 de Mayo de 1822, Astolphe de Custine contraía matrimonio con Leontine de Saint-Simon, trece años más joven que él, y al año siguiente la joven esposa daba a luz un niño. Pero la paternidad no impidió a Custine seguir sus especiales inclinaciones y emprender nuevos viajes. En Junio de 1822 salió para Inglaterra, acompañado de un amigo íntimo, Edouard Sainte-Barbe, un joven inglés del cual no se iba a separar ya hasta su muerte. Con él visitó Suiza, Alemania, Italia y España. Sus impresiones del viaje español las reunió en su libro "*L'Espagne sous Ferdinand VII*" (1838). Este viaje a España, acompañado de Sainte-Barbe, fue el más feliz que realizó. Durante cinco meses, de los cuales cuatro transcurrieron en Andalucía, visitaron Córdoba, Sevilla, Ronda, Granada, Cádiz, Tarifa, Algeciras, Málaga y otras poblaciones andaluzas, pasando luego a Gibraltar y a Tánger, para gustar algo de su sabor árabe. Custine buscaba en España, como todos los viajeros románticos, lo pintoresco y lo poético, y lo halló con creces en Andalucía.

Traduzco aquí unas páginas de su paso por el sur de España:

DE TARIFA A ALGECIRAS

Hacemos alto en pleno bosque, para que descansen nuestros mulos. Y quiero emplear este tiempo para describir los lugares que, por su grandeza y su magnificencia, me retraen a los recuerdos de mi primera juventud: la emoción que reencuentro aquí semeja a una aparición. Los espectros viven en nosotros, existen. El error popular no consiste en creer en los fantasmas sino en buscarlos donde no están.

Documento

¿Quereis saber si vuestra alma ha envejecido con vuestro cuerpo? No interrogaros a vos mismo ni consultad al mundo. Un sólo oráculo es infalible: contemplad la naturaleza: si escucháis aún su voz, sois siempre joven; pero esa juventud de la eternidad, esa juventud por la que el espectáculo del universo es una suite de acordes armoniosos, donde las disonancias más chillonas son salvadas por modulaciones sublimes, ese lenguaje más expresivo que la palabra, esta vida eterna cuya fuente brota incesantemente en nosotros, es precisamente lo que hace la angustia de la segunda mitad de la existencia; como la juventud, ay, demasiado fugitiva de los años, hace el encanto de la primera... Hace falta ser un santo para reconocer con calma, con alegría, este reencuentro pasajero de un espíritu que reverdece siempre, y de un cuerpo extinguido. Las rosas, rodeadas de hojas muertas, perfuman el aire, y entristecen la vista. Un contraste tan sobrenatural como esta primavera del alma en medio del invierno de los sentidos, es, para los espíritus mundanos, una causa de incurable tristeza, de amargura y de errores malévolos... Pero dejemos ahí nuestra edad; y, sin medir las inevitables pendientes de la vida humana, volvamos al camino de Algeciras, a estos valles poéticos, a estos montes dignos de servir de asilo a los nuevos profetas, si la raza de estos poetas sagrados se reproduce en los tiempos en que vivimos.

Esta comarca es una de las más bellas y majestuosas que yo he visto, por no decir la más fecunda en cuadros de estilo histórico, al estilo de los paisajes de Salvator Rose y del Dominiquin (1). Me acordaré siempre del momento en que vi por primera vez la roca de Gibraltar, el Calpe de lo antiguos, la más alta de las dos columnas de Hércules. Experimenté un efecto mágico... Pero yo quiero llevaros, allí como yo mismo acabo de ser conducido al lugar. Vale la pena que os describa minuciosamente el camino.

Salimos de Tarifa antes del amanecer. El crepúsculo es más corto -se nos dice- bajo esta latitud que en los países del Norte. Nunca he reconocido esa diferencia. No hablo de los países boreales, donde el crepúsculo no termina nunca, ni de la zona tórrida, donde la noche negra y el pleno día se tocan. Pero me ha parecido siempre que entre

dos luces al atardecer y el alba de la mañana son tan prolongados bajo el clima de España y de Italia que en nuestro país. Sólo que la luz es más viva, y la oscuridad más profunda. La escala resulta así más larga a recorrer, aunque no sea menos recorrida en el mismo espacio de tiempo; por poco que se olvide el punto de partida, debe admitirse que es la duración del tránsito lo que es menor. Me parece que en realidad la diferencia consiste en que los tonos del día y la noche son más separados aquí que en nuestro país. Si hay una diferencia ella no es apreciable sino por cálculo matemático, no por el ojo del simple observador.

Era ya el crepúsculo de la mañana cuando hemos pasado la puerta de Tarifa; allí comienza la subida de la roca que separa esta vida de la bahía de Gibraltar. Es una cadena de montañas bastante elevada, que viene a terminar en el mar.

Yo había visto la víspera, en la puerta de Tarifa, una inscripción grabada en francés: "Homenaje de los soldados del cuarto regimiento de cazadores a su camarada Georget, caído ante Tarifa en 1824, durante el sitio de esta villa por el ejército francés; él había avanzado bajo el fuego enemigo para relevar a su hermano herido".

Mi sorpresa fue grande al encontrar aquí palabras de nuestra lengua; y cuando he leído esas palabras fraternales fui muy feliz de que aquel idioma extranjero fuera el mío. No es por la vanidad de una familia que haya grabado lo que acabais de leer; tampoco por el orgullo de la patria. La piedad que se une a un acto heroico dictado por sentimientos naturales, me parece superior a la admiración que se experimenta por los sacrificios inspirados por el amor de la gloria o del género humano... Yo no simpatizo sino con aquellos sacrificios en los que el orgullo no entra para nada: el orgullo patriótico encuentra su recompensa en sí mismo. En todo caso, aquellos que manejan las naciones, jefes o reyes, tienen buenas razones para exaltar esta pasión y los esfuerzos que ella produce; pero el homenaje rendido a una víctima de la amistad fraterna no tiene nada de interesado; no se parece nada a los agradecimien-

tos políticos dirigidos por los príncipes o por los pueblos a sus mártires, de los cuales exaltan el sacrificio para animar a los otros. Este es el grito de la naturaleza, al cual todo hombre que tiene corazón responde involuntariamente. He aquí por qué he llorado al oirlo.

No os he dado la copia literal de la inscripción, pero el sentido es exacto. De una vez por todas, sabed que yo os digo la verdad, al menos en los hechos y en los sentimientos. En cuanto a mis opiniones, os libro de ellas. Pero ya os advertí que yo hago tanto caso de estas como de otras. Sin esto, ¿sería yo de mi siglo? Francia ha sembrado en la tierra deslumbradores monumentos a su gloria. No conozco ninguno tan emocionante como la piedra incrustada en las murallas moriscas de la vieja villa histórica de Tarifa. Esta villa hoy olvidada del mundo, continúa muriendo en un rincón de España, reino separado él mismo de todos los demás.

Seguía yo las sinuosidades del camino que serpentea sobre las rocas entre arbustos de aloes y nopales, e iba soñando con la suerte de Georget, cuando los primeros rayos de la aurora me forzaron a volverme y a detenerme un momento para ver Africa, el mar, Tarifa. Jamás el mundo me había parecido más grande, más digno de su autor. La playa que se extendía cerca de la villa parecía bordada de una triple cintura de espuma. Esta espuma siempre agitada por el menor viento semeja de lejos a las olas que la han forjado; y cuando la mar entra en calma retirándose lentamente ante la tierra que él deja al descubierto, este ligero recuerdo de la espuma depositada sobre la arena hacía aún la ilusión de la tempestad. Cuando la villa comenzó a aparecerseme en el claroscuro, un nuevo objeto surgía a cada instante de la noche y pasaba por el claroscuro para alcanzar al gran destello del día que se levantaba. ¡Dios mío, que espectáculo grandioso! Era bello, era brillante como la mitología, o mejor, como un cuento de hadas oriental. Era un paisaje que yo veía nacer ante mis ojos, un bosquejo de gran maestro, lentamente acabado por el artista que la había concebido: dibujo de un estilo todo caballeresco y todo histórico; evocación de los siglos pasados en los lugares mismos que esos siglos han ilustrado. Mientras asis-

tía a ese espectáculo, yo me decía: este teatro de la gloria y la desesperación de los españoles y de los moros se ha convertido, muy recientemente aun, en el heroísmo francés: Georget ha venido a escribir su nombre sobre los muros derruidos de Tarifa, cerca del nombre de Guzmán, mártir del honor. La conmovedora historia del hermano, mártir de humanidad, atempera el sublime terror que inspira la virtud trágica del esforzado español; atroz debe ser un padre desnaturalizado por el deber social. Contemplando estos restos de edificios arruinándose unos sobre otros, esos muros derruidos, esas fortalezas descuidadas, me pareció que la villa, hoy casi desierta, semejaba, en su silencio y su soledad, a un nido de pájaros abandonado por la pollada. Aún no se había despertado nadie bajo las ruinas, que son toda la villa moderna. Tarifa es un montón de descombrados habitados; y desde lo alto de la montaña, donde me detuve para contemplar esas piedras donde la vida parece haberse desvanecido, yo creía que al primer soplo del viento ellas iban a desaparecer también en las olas como un montón de polvo. La hora del día se prestaba a la ilusión poética. En el momento en que la noche cesa, se produce en la naturaleza un movimiento indefinible; el cambio de los colores nos parece una mutación, una transformación de los objetos; la potencia de la imaginación, lo vago de nuestros pensamientos se comunica al mundo visible: todo se agita entre el cielo y la tierra, por todas partes vemos el desorden de la vida; nuestra alma pasa en el universo y deviene el molde de un mundo desconocido, incommensurable, incomprensible; del mundo para el que fuimos creados, y que nosotros rehacemos en nuestra memoria, a fin de consolarnos de haberlo perdido. Todo se rehace, todo se renueva después de nosotros; todo se hunde ante nuestros ojos, para levantarse a nuestra voluntad; una ruina sucede a otra; una tierra resurge virgen de los despojos de un viejo mundo: es una revolución del mundo, una segunda creación...No...No..., ¡no es nada de todo eso! es el sol que se levanta para recomenzar un día, tan radiante, tan indiferente, pero también tan fecundo sobre la tumba de los pueblos como sobre su cuna. La naturaleza, siempre indiferente, siempre salvaje y siempre a la obra, ama tanto las plantas trepadoras que tapizan las rui-

nas, los reptiles venenosos que arrastran sobre los despojos, como los naranjos bien cuidados, bien encajonados y colocados alrededor de un afuente de mármol. La inhumana, ella prefiere al buitre que desgarrar la paloma sobre una torre abandonada, al papagayo que come un bizcocho en una caja dorada!

Los lugares que me esperaban en lo alto del camino de Algeciras son de una variedad y de una nobleza que mis palabras no pueden revelarlos. La ruta continúa serpenteando en la montaña. A cada vuelta apercibo tan pronto las soledades áridas que había atravesado la víspera como abarco el estrecho de Gibraltar todo entero y las costas de Africa; más lejos debo atravesar pintorescos barrancos. Un instante ha bastado para salir de un país devastado por la arena y el sol y para encontrarme bajo bosques de una vegetación fresca y vigorosa. La tierra del Norte se encuentra de golpe transportada bajo el cielo del Mediodía; veo encinas verdes de una forma y de una antigüedad admirables; este árbol tiene numerosas variedades: alcornoque, carrasca, coscoja, son de su familia; especies que crecen aquí con un vigor primitivo. Arbustos de mirtos y de postachos y lentiscos, de rododendros y laureles rosas parecen luchar en vegetación para ocultar bajo las flores la arena deslumbrante del sol. Aquí la vida está en todas partes; de la tierra se comunica al hombre. Los niños de una tal naturaleza deben tener más alma que los demás pueblos. Una riqueza tan grande de plantas asombra a la imaginación, vivifica el pensamiento; el aire está perfumado; el espíritu, sorprendido, mecido por el canto de los pájaros; el menor sonido parece una música celeste, ¿y por qué no ha de serlo? Lo que vemos es tan bello que aquello que oímos puede ser sobrenatural.

Los nombres de las montañas lejanas son fabulosos e históricos a la vez: son las gradierías del Atlas, es la costa de Mauritania. El viejo mundo resucitado aparece a mis ojos; la tierra me obedece, se muestra ante mí como una belleza dócil, se desvela a los ojos de un amante. Yo espero, escucho, el corazón me late, el espíritu de la antigüedad se despierta, el oráculo va a hablar, el dios va a aparecer, el destino se explica: ¡Tú no saldrás de este país

como has entrado en él!... es una prueba, una iniciación... Mi espíritu no sabe donde detenerse; errando entre el porvenir y el pasado, se pierde en lo vago, y permanece suspendido como en sueños; semejante al pájaro sobre una nube cuando despliega sus alas sin hacerlas mover, yo planeo en la inmensidad; el éxtasis me sostiene un instante... pero mi pobre espíritu no posee las alas del pájaro.

Llegado a la mitad del camino entre Tarifa y Algeciras, después de atravesar una garganta de montañas, lo que se llama en España un puerto, y al pasar por así decirlo, la cabeza por encima de esta balaustrada natural, veo la bahía de Algeciras a mis pies; a la derecha, en Barbarie (2), el monte de los Monos, la roca más áspera de la costa de Africa y la más elevada; a la izquierda, en fin, la roca y la villa de Gibraltar, que marcan la unión del Océano con el Mediterráneo; después, en el lugar que se llama la punta de Africa, puedo ver Ceuta, con la roca de Abila, una de las columnas de Hércules, opuesta a Gibraltar, que es el Calpe de los paganos. Acabo de describir estas maravillas como por encantamiento, sin que nadie me haya prevenido de lo que iba a ver. Ante un tan grandioso espectáculo, a la vista del espíritu se extiende como la mirada del cuerpo, las miserias humanas se olvidan, como desaparecen los pequeños detalles del paisaje, el alma y el ojo no se fijan más que en lo grandioso. Todo lo que es mezquino desaparece, se reduce a la nada; los límites del espacio se desvanecen en la onda del aire; pero una cosa quedará en mi pensamiento: es ese trozo de los Alpes caído allí todo negro en medio de un mar luminoso. Este monte se llama Gibraltar; por lo demás poco me importa el lugar, el nombre. Lo que me impresiona, es el contraste de su masa que yace enteramente oscura en medio de una llanura de oro y azul; ya la luz inunda toda esta parte del globo y la tierra se ha hundido en un mar de luz. Pero la montaña negra, Calpe, queda allí sola como una mancha en el sol, y da sombra en medio del fuego. El día ha comenzado hace tiempo por la parte situada detrás de ese gigante inmóvil, el día estalla alrededor de él, pero no ha traspasado la cima de la roca y el monstruo vive aún acostado en la sombra. Es un efecto inexpresable: Poussin lo pintaría, Cha-



J. L. CANO: UN HOMENAJE HETERODOXO

“José Luis Cano es un ilustrado y un iluminado” aseveró Claudio Rodríguez, del escritor algecireño a quien, el pasado día 14 de Junio, se le rindió tributo y homenaje público en la Tertulia Literaria que dirige Rafael Montesinos. A la presencia de Rodríguez se unió Amparo Amorós, que dió lectura a un texto y a las excusas de Carlos Bousoño por su ausencia justificada en dicho acto. Para Bousoño, Cano *“tuvo un gran papel en la dolorosa etapa de la dictadura, sirviendo de enlace entre la España del exilio y la España interior”*.

Amén de los citados, otros escritores asistieron al encuentro, en el que menudearon referencias al vigoroso lazo que vinculó a Cano con Vicente Aleixandre.

Este nuevo homenaje heterodoxo que recibe el autor de *“Sonetos de la Bahía”*, viene a unirse a la reedición facsímil de dicho texto, presentada por la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar, y a la monografía impresa por la revista *“El Ciervo”*, en diciembre del pasado año y que, entre otras firmas, reunió las de Manuel Alvar, José Manuel Blecua, Ricardo Gullón, Auróra de Albornoz, María Victoria Atencia, Francisco Brines, Aquilino Duque, Lorenzo Gomis, Mariano Roldán, Antonio Colinas, José Luna Borge, Jaime Siles, Fernando Ortiz y Luis Suñén, así como una bibliografía amplia.

teaubriand no sabría describirlo. Ese punto tenebroso dejado en el paisaje por la mano de la noche, esta forma opaca que destaca en medio de un mundo todo diáfano, atrae mis ojos más que lo haría una montaña luminosa: es un animal monstruoso, un elefante colosal, es la espalda de una ballena, es Leviathan que flota adormecido sobre las olas, es un monstruo de basalto olvidado en medio de las olas por los gigantes que lo han esculpido. Quizá esta raza que ha precedido al hombre haya querido, al abandonar la tierra, dejarnos una muestra de su poder, una señal de su paso. Masa sólida en medio de un mundo aéreo, o más bien, figura fantástica de la que, a cada ondulación del mar, espero su desaparición; tipo simbólico que una boca profana no tiene derecho a describir, porque él recuerda los seres alegóricos de la Biblia, y que, para pintarlo, se necesitarían palabras inspiradas por el espíritu de Dios mismo. ¿Qué hace él allí? ¿Qué le retiene entre esos dos continentes y esos dos océanos que él separa? El queda allí para que estemos atentos a nuestra ignorancia de las cosas del mundo sobrenatural; él duerme con la cabeza hacia Europa, la cola hacia África; él va a despertarse, a levantarse. ¿Y en qué se convertirá la tierra pisada bajo el peso de este gigante, hijo de gigantes? No, jamás fue dado a este mundo el don de reproducir, por una imagen sorprendente, un pensamiento de su Creador, ni al cielo iluminar la tierra de una manera más asombrosa. Aquí las líneas y los colores, todo posee espíritu, o más bien todo es espíritu.

En ninguna parte he experimentado un efecto tan súbito, tan sobrenatural: en este maravilloso cuadro el pensamiento desborda la materia. ¿A qué se deben las impresiones de los paisajes? Si yo hubiese venido aquí en la tarde, yo hubiera tenido la luz detrás de mí; la roca de Calpe, en vez de dibujarse en negro y de no dejarme ver más que su masa, habría estado luminoso, detallado, subdividido; en fin, todo me hubiese parecido diferente de lo que yo he visto. Si solamente hubiera llegado a la hora en que el sol sale de detrás del monte, es decir, ahora, yo habría admirado sin duda la grandeza del lugar; pero no habría adivinado el alma. Un poco de sombra en una plaza más bien que en otra, una hora de retraso, el tiempo que se tarda

en describir lo que se ve, cambia el juicio que tiene un viajero sobre los lugares más famosos de la tierra. Después de esto, creed en lo que se os dice... no, jamás en lo que se os dice, sino en lo que se os muestra... para mostrar es necesario ser poeta, y el poeta no miente; si él no siempre es exacto, es siempre verdadero, porque el cree en lo que dice. El dibuja en palabras; cada palabra que él traza es un golpe de lápiz y el color le es dado al mismo tiempo por la emoción de su corazón. Es el corazón lo que hace las modulaciones del estilo en poesía; como en música es él lo que presta la expresión a la melodía. Para el hombre de genio la inspiración es todo: el arte no puede añadir nada al placer del artista; pero el artista no comunica esa inspiración en su pureza sino después de haber luchado con las últimas dificultades de ejecución. Es cuando ha salido victorioso de ese combate, combate terrible, y del que no quiero revelar aquí todo los horrores, cuando desvela a la multitud secretos por él sólo conocidos.

Para representar bien las bellezas de un país como este, es preciso conocer y amar al autor. No hay que temer el ver a Dios en la naturaleza, subir hasta él y decirle: es tu retrato lo que yo hago al describir tu obra.

Se me apremia a subir a caballo para descender hacia Algeciras, que veo bajo mis pasos muy cerca, y de la que nos separan, sin embargo, algunas leguas: pero antes de ponerme de nuevo en ruta quisiera deciros aún unas palabras sobre la primera aparición de la roca de Gibraltar. Lo que yo no he podido pintároslo, quisiera contároslo.

Esta mole, avanzada de la Europa sobre el África, quedará en mi memoria como un monstruoso vaciado en bronce y encuadrado en el ultramar: el cielo de la Mauritania es como una cúpula de lápiz lázuli, el estrecho de Gades como una esmeralda, y Calpe grabado al aguafuerte por el genio pintoresco de un Rembrandt se destacaba en seguida en negro sobre ese fondo brillante; contra las reglas ordinarias del arte, era la sombra la que venía delante. Confesemos que la naturaleza, cuando quiere, sabe bien burlarse de la pintura... "Esta roca tan sombría es la silueta de un gigante", decimos. No me sorprende ya que la

imaginación creadora de los antiguos haya unido la idea de una barrera insalvable a este terrible monte; lo que hace doblemente singular es que, a pesar de su prodigiosa elevación, parece haber salido de las olas y arenas que lo rodean, no de una cadena de montañas. Una tierra imperceptible, tal es buida, le separa de España y el mar le aísla del resto del mundo. Es una espantosa roca caída del cielo, o más remontada del abismo para divisar el mar y la tierra. A menos se prefiera tomarlo por la aparición de una bestia del Apocalipsis, petrificada por la palabra de Dios. Esta sería quizá la explicación más natural; también podríamos comparar a Calpe con la quilla de un barco naufragado y retorna sobre sí mismo; sería en ese caso como el navío de un pueblo de gigantes, de un pueblo cuyos elefantes, hi-

popótamos y rinocerontes serían los perros godos, y cuyas jirafas serían los lebreles. Ninguna de estas medidas os da aún la idea de la asombrosa desproporción de la masa negra de la que no veo más que los contornos con los otros objetos que componen el paisaje, y se dibujan apenas en rasgos inciertos sobre un mar de nácar y sobre una orilla de plata. La tierra es árida en este país y las olas deslumbradoras. Si yo doy un paso esta aridez del desierto me parece entre las ramas de los árboles la más verde y la más espesa, más abajo de las cabezas floridas de los rododrones y los laureles rosas. Estos elegantes arbustos crecen en libertad alrededor de las fuentes que destila el granito bajo el sol de Andalucía.



Puente romano sobre el arroyo Madre Vieja (San Roque), reconstruido en el s. XVIII.